Elisa Renault: Ese es, conozco el sonido de su voz; lo único que hay es, que entonces estaba mas agitado. Si la testigo no ha conocido á Lesage en el primer careo, es porque este se habia quitado las patillas, lo cual le desfiguraba.

En otro careo que se verificó pocos minutos despues, como se trajera á los acusados delante del tribunal haciéndolos pasar por cerca del sitio destinado para Elisa, esta, al verlos acercarse á ella, se echa asustada en los brazos de su padre y empieza á gritar sin ser dueña de contenerse: ¡*Ay*! ¡*Ay*! ¡*Dios mio*! ¡*Socorro*!

Una sensacion penosa agita al auditorio y los acusados evitan pasar junto á la jóven.

Siguen los careos. La jóven *Saulieux*, lavandera del café Rollin reconoce perfectamente á Lesage. «Sin duda que es él, dice, únicamente el dia del crímen tenia las facciones menos *morenas*; estaba mas pálido.» Madama Rollin tambien reconoce á Lesage.

Una jóven llamada *Bourgeois*, tendera en el Temple y que tiene el puesto al lado del de los esposos Renault, ha visto la víspera del crímen tres individuos en la escalera de la casa de aquellos: en Lesage reconoce á uno de los tres.

La señora *Piot*, tabernera de la calle de Phelippeaux ha visto entrar en su tienda á cosa de las dos y cuarto, á la hora que comen los albañiles, dos hombres y dos mujeres que se han hecho servir una botella de vino. Parecia que estos individuos aguardaban alguna cosa, porque uno de los hombres salió varias veces, una de las mujeres llevaba un fardo de pañales. De los dos hombres, el uno llevaba levita parda y el otro azul. Estos hicieron un dibujo en el mantel con una pluma (se les hace pasar este mantel á los jurados); en una de las puntas están escritos en caractéres gruesos los nombres *Hortensia* y *María*, y hay un dibujo mal hecho que representa una cabeza de hombre y un busto de mujer. La *Piot* y el mozo que tiene para despachar el vino reconocen positivamente á Lesage, y creen ademas reconocer á la Vollard y á Soufflard.

Una tal *Hochstetter*, romanera de la calle de Beaubourg, estaba en casa de la señora Renault cuando han ido allí dos hombres á regatear unas mantas para una casa de huéspedes: luego se han marchado diciendo: «¡Adios señores, luego nos veremos!» La testigo pasa revista á los acusados, y señalando á Soufflard, dice muy deprisa y conmovida: «Hé aquí uno de los dos.» Soufflard esclama entonces con furor: «Hé aquí un testigo comprado; esta es una treta de la policía.

Mad. Barberet, que tiene un fondin (restaurand) en la calle de Saint-André-des-Arts, ha visto entrar á cosa de medio dia en la sala comun, dos hombres y dos mujeres que han pedido de almorzar. Una de estas parecia ser aldeana, llevaba zuecos y un pañuelo en la cabeza, y parecia ser parienta de uno de aquellos hombres. La otra iba muy bien puesta y llevaba un vestido negro de seda. Esta hablaba alto y era la que pedia lo que se habia de servir. De los dos hombres, el uno llevaba una levita de color de castaña y el otro levita azul. Lesage era, á no dudarlo, uno de aquellos dos hombres.

P. Lesage, ¿convenís en haber estado en ese fondin el 5 de junio?

R. Sí señor.

P. ¿Con quién ibais?

R. Con un individuo y dos mujeres públicas.

P. ¿Quién era ese individuo?

R. (Con indiferencia) ¡Oh! no le conozco... es un hombre á quien yo habia visto varias veces en la Fuerza: le he hablado porque habia estado conmigo en el *estaribé*.

P. ¿En dónde habíais encontrado á las mujeres?

R. Creo que en la calle Dauphine.

La testigo reconoce perfectamente á la Alliette, por la que llevaba el vestido de seda; respecto á la Vollard, solamente le parece que la reconoce. La Alliette niega todo esto con energía.

Un ladron sentenciado recientemente á trabajos forzados, declara igualmente, pero no se le toma juramento. El 7 de junio le ha llevado Lesage de taberna en taberna y en todas partes ha sido aquel el que ha pagado. Este ladron que se llama Loringer ha sido víctima de un robo.

Lesage gritando: No he sido yo quien lo ha cometido. ¿No es verdad, Loringer que yo te he hablado de ello?

Presidente: ¿Debeis tener mucha franqueza con el testigo para tutearle de ese modo?

R. Yo, ninguna. (Risas.)

Los señores *Barruel*, *Chevallier* y *Ollivier de Angers*, declaran que la sangre que se ha encontrado en la levita de Lesage ha caido allí de rebote y que no puede atribuirse á echada por las narices; aseguran que hay una identidad perfecta respecto á la anchura entre un cuchillo que se les ha presentado y las heridas de la señora Renault.

Oyese á *M. Auchard*, comisario de policía, con referencia á la carta anónima, en la que un perito ha reconocido la letra de Micaud. Este testigo, que estaba informado de los zelos que tenia Micaud de Soufflard, ha adivinado quién era el autor de la carta. La declaracion nos da á conocer un rasgo de costumbres digno de notarse y nos recuerda de paso una de las grandes hazañas del pequeño Vollard.

Vollard se habia *encontrado* un magnífico perro de caza; á los dos se les arresta, y tirando el uno del otro, son conducidos ante M. Auchard.

¿De quién es este perro?

De Mad. Eugenia Villers.

Hácese venir á la tal Eugenia, que dice ser costurera, y M. Auchard la mira las manos, en las que no hay ni un pinchazo. Vos no sois costurera, la dice el magistrado; sois una mujer pública. Y como la pretendida Villers contesta que está en relaciones con un estudiante, llamado Micaud, M. Auchard cae en cuenta de que la que tiene delante es Eugenia Alliette.

El procurador general hace algunas preguntas á Micaud y á varios testigos sobre los zelos que tenia aquel de Alliette. Trata de comprender cómo podia ir unida una pasion de zelos tan furiosa á tanta habi-

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación